
Andrea DIEGO y Alberto I. VARGAS, *En busca del cuerpo personal. Más allá de la naturaleza y la subjetividad*, México: NUN, 2022, 195 pp., 15 x 21, ISBN 9786079952211.

El libro *En busca del cuerpo personal* aborda con genialidad uno de los temas más controversiales de nuestra era, a saber, *el valor del cuerpo humano*: del varón en cuanto padre y de la mujer en cuanto madre. Ya de suyo, el estudio de la temática señalada es motivo de gran regocijo, pero también nos incita a repensar el modo en que uno mismo percibe su cuerpo y el cuerpo del ser amado. Quizás aquí encontramos el principal motivo que nos ha de llevar estudiar a profundidad esta gran obra, bellamente escrita por las manos de Andrea Diego y las de su maestro Alberto I. Vargas. Los autores: *Ella*, licenciada en Pedagogía, maestra en Historia del Pensamiento por la Universidad Panamericana (México) y doctoranda en Filosofía por la Universidad de Navarra, investigadora en el Centro de Estudios de Familia, Bioética y Sociedad (CEFABIOS) de la Universidad Pontificia de México, también es profesora de Antropología Filosófica en la Universidad Panamericana, en la Universidad Anáhuac y en el Instituto Juan Pablo II. *Él*, amigo y colega desde la infancia, Director de Inner Institute, doctor en Filosofía por

la Universidad de Navarra, miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI-Nivel 1), autor de los libros *Genealogía del miedo: un estudio antropológico de la modernidad desde Leonardo Polo* (2017) y *Ser y don: una teoría antropológica del juego desde Leonardo Polo* (2020), ambos frutos de su brillante tesis doctoral, profesor invitado en Strathmore University (Kenya), Universidad Santo Toribio de Mogrovejo (Perú), Universidad de los Hemisferios (Ecuador), Universidad de la Sabana (Colombia) y Universidad de Piura (Perú).

En busca del cuerpo personal es un libro que consta de 195 páginas, subdividido en cuatro capítulos de entre 30 y 50 páginas. Su acertado listado bibliográfico recoge en 10 páginas las principales obras de grandes pensadores de la sexualidad humana, como por ejemplo *Karol Wojtyła-San Juan Pablo II*, *Tony Anatrella* y *Fabrice Hadjadj*. También vemos autores de forzosa consulta en el ámbito de la antropología filosófica, como es el caso de *Leonardo Polo* y sus discípulos *Juan Fernando Sellés* y *Blanca Castilla de Cortázar*. No se echan en falta, por supuesto, grandes protagonistas de la filo-

sofía occidental (clásicos y modernos) como es el caso de *Aristóteles, Kant, Kierkegaard, Freud, Nietzsche*, entre otros. En cuanto a la estructura del libro, los autores aciertan en su intención por desplegar progresivamente el modo en que la filosofía ha entendido el cuerpo humano a través de la historia del pensamiento occidental. Se comienza haciendo un retador análisis de la confusión que abraza el mundo contemporáneo, ciertamente conflictiva y nebulosa, misma que queda claramente enraizada en los orígenes de la modernidad: *la supremacía del individuo*, idea que con el tiempo ha detonado una visión fragmentada del cuerpo humano, tanto del varón como de la mujer, ahora promovida como «moneda de cambio» en una forzada economía global de libre mercado, aunque culturalmente marxista. Posteriormente se emprende un viaje al pasado rumbo a la comprensión clásica del cuerpo, desde donde es posible recuperar el concepto de «naturaleza» y su necesidad imperante de ser puesto en el centro de futuras discusiones que expliquen de modo contundente la esencia de la persona humana, su sexualidad y la posibilidad de la procreación. Finalmente, en el último capítulo se aborda la gran novedad cristiana que aporta, de modo flagrante, la distinción entre *naturaleza* y *persona*, misma que permite una mayor comprensión del cuerpo humano como «apertura al otro», como «don de uno mismo» o «como diría Mikel Santamaría— de *la entrega del ser sin reservas*: del varón hacia la mujer y la mujer hacia el varón.

A mi modo de ver, *En busca del cuerpo personal* pone sobre la mesa un tema nebuloso por demás inexplorado en los estudios científicos del matrimonio y la familia: *el vientre materno como nuestro primer hogar*. En efecto, los seres humanos —diría Leonardo Polo— nos definimos estrictamente como «hijos» de nuestros padres, pues ellos, en cuanto varón y mujer, unieron sus vidas y sus cuerpos en *una caro*,

dando paso a ese evento, único e irreplicable, novedoso, que trae consigo el nacimiento de una nueva vida, de un nuevo *cuerpo*, nacido de mujer. Esta idea es consistente con las enseñanzas de la filósofa belga-americana Alice von Hildebrand (1923-2022) en su bella obra *El Privilegio de ser Mujer* (Eunsa, 2022). En efecto, ser mujer es un privilegio por razón de que todo ser humano encuentra su primer hogar en el vientre materno. Por ello, se puede afirmar que *el hogar familiar es una extensión de ese vientre materno*. En ese tenor, un hogar verdadero, habitado por una familia verdadera, se puede considerar como una sublime construcción humana del más alto valor, digno de ser puesto como máximo parámetro de promoción social y cultural. Esta valiente afirmación —muy bien sugerida por Andrea Diego y Alberto I. Vargas— puede entusiasmar a muchos y enrabiatar a otros. No tanto porque se pueda justificar con argumentos abstractos, con estadísticas o con estudios clínicos, sino porque lo he visto en la práctica con mis propios ojos, tanto en mi hogar como en el hogar de muchos. Incluso he conversado con varios colegas del sector académico universitario —Blanca Castilla, por ejemplo— y hay quienes lo ven con tal claridad que coinciden en que toda mujer sabe «hacer hogar», a donde quiera que va y en donde quiera «instalarse».

Ahora bien, recordemos que el hogar es el hogar y la sociedad es la sociedad. Es decir, hay que distinguirlos pero no confundirlos por razón del tipo de relaciones que entraña el primero: *una relación que implica el cuerpo personal del varón y de la mujer*. Como bien apuntan los autores, «cuando se trata del cuerpo: a más unidad, más vida; a más regularidad, más vida; a más inmanencia, más vida; más vida y vivir es más que no tener vida, es un grado de perfección». En otras palabras, el despliegue de la vida del padre y la madre de familia ha de generar en la vida de los hijos

un entorno «doméstico» en el que todos, como familia, gocen de una estabilidad material y espiritual que nos «sostenga» en la existencia, en su dimensión económica, educativa y de intimidad, como afirma mi maestro Rafael Alvira. Porque eso es un hogar, un espacio íntimo análogo al vientre

materno, en donde todos hemos tenido nuestro crecimiento más radical, más originario y más identitario.

Rafael HURTADO
Universidad Panamericana
DOI 10.15581/006.55.3.756